



EL BARCO
DE VAPOR

Alonso en el país de los incas

Magdalena Ibáñez
María José Zegers



sm

Ilustraciones
de Alfredo Cáceres



Alonso en el país de los incas

Magdalena Ibáñez
María José Zegers

Ilustraciones de
Alfredo Cáceres



Las Aventuras de Alonso

EN EL PAÍS DE LOS INCAS



OCÉANO ATLÁNTICO

A ESPAÑA

OCÉANO PACÍFICO

- 1 CIUDAD DE PANAMÁ
- 2 CALLAO
- 3 CUSCO



● 1

Rumbo a Perú

NO PODÍA CREERLO. Me encontraba con mi padre a bordo de un pequeño barco que navegaba en ese inmenso mar que es el océano Pacífico. Me parecía que habían transcurrido siglos desde que salí de España, mi tierra natal, y emprendí una verdadera aventura para buscar a mi padre en el Nuevo Mundo. ¡Y lo había hallado!

Estábamos en el mes de julio de 1539 y yo había salido de mi casa en el mes de febrero. Sentía que había concluido con éxito una etapa de mi vida: la búsqueda de mi padre. Ahora iniciaba junto a él una nueva aventura. Nada menos que participar en la conquista de América, en nombre de nuestro emperador Carlos I.

Estas tierras habían sido descubiertas hacía cuarenta y siete años por Cristóbal Colón, quien tomó posesión de ellas en nombre de los Reyes Católicos, los abuelos del emperador.

Desde entonces, los españoles habíamos conquistado los territorios de Nueva España y del Perú. Incluso algunos conquistadores exploraron las regiones situadas al sur de Perú, pero sin éxito.

Mi padre viajó al Nuevo Mundo en busca de mejor fortuna, ya que en Extremadura, y especialmente en nuestro pueblo de Torremocha, se vivían tiempos muy difíciles. Y yo me encontré con él milagrosamente, según todos me dijeron, en el momento en que se estaba embarcando con destino a Perú. Ahora pienso que realmente fue un milagro encontrarnos en este inmenso continente.

A partir de ese instante todo fue tan rápido que todavía me maravillaba verme en la nave, sobre la cubierta, contemplando con mi padre la puesta de sol. Era la primera vez que presenciaba un atardecer sobre el Pacífico.

A mi padre también le costaba convencerse de que estábamos juntos. Me repetía que nunca habría podido imaginar que a los diez años yo fuera capaz de realizar una hazaña como esa. Pero junto a él, ya me sentía seguro y lleno de optimismo.

—Padre, ¿qué haremos ahora? —le pregunté. Y sin esperar a que me contestara, seguí preguntando—: ¿Cuándo podremos reunirnos con mi madre? ¿Podrá ella venir a América pronto?

—Trataré de que sea lo antes posible, hijo mío, sobre todo ahora que está más sola. Tú y yo la necesitamos aquí —me respondió—. Y respecto a tu primera pregunta —me explicó—, ahora navegamos hacia el puerto del Callao, en Perú. Allí desembarcaremos para dirigirnos hacia nuestro destino final que es la ciudad de Cusco.

Me quedé pensativo... Perú, Callao, Cusco... Para mí todo esto era nuevo. Veía a mi padre tan contento de tenerme a su lado y yo tenía tanta confianza en él, que el futuro se me presentaba lleno de esperanzas, pero al mismo tiempo —y eso me gustaba mucho— de misterio.

No sabía casi nada acerca de las tierras hacia las que nos dirigíamos. Volví a lanzar una pregunta tras otra, con gran curiosidad:

—¿Dónde está el Perú? ¿Es cierto que es tan rico como dicen? ¿Cuáles son esas riquezas? ¿Cómo son los indios? ¿Tú conoces a algunos? ¿Son malos? ¿Son muy salvajes?...

Mi padre aprovechó la pausa que hice para respirar; riendo, me interrumpió:

—Calma, Alonso, calma. No puedo contestar tantas preguntas a la vez. A ver, veamos —y con una voz intencionalmente pausada, dijo—: Desde este punto donde

estamos ahora, el Perú está bastante más al sur. Allí viven los incas.

—¿Los incas? —repetí—, es un nombre raro...

—¿Te parece raro? ¡Pues espera a ver el idioma que hablan! —exclamó—. A ver... ¿qué te parecen estos nombres?: Huayna Cápac, Atahualpa, Huáscar o Túpac.

—No sigas, por favor. ¿Voy a tener que aprender esas palabras tan extrañas?

En tono burlón, mi padre respondió:

—Esas son muy fáciles; solo te he nombrado al rey y a los príncipes.

—Podrían tener nombres más normales, como Felipe o Juan.

De pronto, mi padre cambió la expresión de su rostro y, poniéndose más serio, me dijo unas palabras que se me quedaron muy grabadas en mi mente y en mi corazón:

—Piensa bien, hijo mío: esos nombres que tú dices que son normales, para ellos no lo son. Y quiero que tengas en cuenta una cosa. Vamos a unas tierras nuevas, con costumbres diferentes. Verás cosas que nunca antes imaginaste. Algunas te parecerán buenas y otras te causarán temor, o incluso repugnancia —y mirándome fijamente a los ojos, prosiguió—, pero tú has de tener respeto por las personas y, aunque te cueste a veces, debes recordar siempre que son tus semejantes, y que nosotros podremos enseñarles mucho, pero también tenemos muchas cosas que aprender de ellos.

Los días pasaban y la travesía no era nada de fácil. El barco era muy pequeño y cada rincón estaba ocupado por mercaderías, lo que lo hacía avanzar muy lentamente. Además, pronto comenzaron a escasear los víveres frescos. Para conseguir mejores alimentos, me dediqué a pescar, ocupación que me gustaba mucho y en la que pasaba sus buenas horas.

Un día, en que el mar estaba muy tranquilo, al mirar por la borda vi un animal inmenso, de cuerpo robusto y provisto

de un enorme caparazón. Nadaba muy cerca del barco. Jamás había visto nada parecido, así es que, lleno de curiosidad, pregunté a un marinero qué pez era.

—No es un pez, es una tortuga gigante —dijo el hombre—. ¡Pero qué raro me parece encontrarla en este lugar! ¿Sabías que su carne es una de las más deliciosas que existen?

—¿En serio? ¿Es muy difícil cazarla? —le pregunté.

—Bastante, pues hay que matarla por la panza. Su concha es muy dura.

No me dejé intimidar por las palabras del marinero, y apenas este se alejó, busqué un arpón y lo até fuertemente a un gancho en la cubierta. Con él en la mano y no sin dificultad, me deslicé por una escalera de cuerda hasta el agua.

Cuando estuve cerca de la tortuga, y mientras rezaba para que no se escapara, le clavé con todas mis fuerzas el arpón en la parte blanda de su cuerpo. Cogí la cuerda, y comencé a recogerla para subir mi presa a bordo.

De pronto, sentí un fuerte tirón que casi me hizo caer de cabeza al agua. ¿Qué estaba pasando? ¿Estaría viva la tortuga? Pero al mirarla, vi unos enormes y horribles dientes clavados en ella. Con espanto advertí que esos dientes salían de una cabeza puntiaguda y negra, cuyos ojos furiosos miraban amenazantes.

Me di cuenta de que estaba luchando con aquel pavoroso animal por la misma presa. Por el forcejeo, la tortuga se fue desgarrando y el agua se tiñó de un rojo intenso. Asustado ante la desigual pelea, comencé a gritar pidiendo ayuda.

—¡Suelta la cuerda! —me gritó un marinero desde cubierta—. ¡Y sube rápido!

Obedecí sus órdenes lo más aprisa que pude, porque estaba cada vez más asustado. Ya a salvo, observé cómo los marineros habían tomado la cuerda, atada aún sobre cubierta, y luchaban contra aquel pez, tratando de arrebatárselo nuestro alimento. Después de un buen rato, lograron recuperar la descuartizada presa.

Me acerqué curioso, para ver los despojos de la pobre tortuga. Entre su carne, encontré un enorme diente incrustado. Lo saqué y, mientras lo observaba, se acercó mi padre y me dijo:

—¡Buena presa has cazado! Pero para la próxima vez, no intentes pelear contra un tiburón. Es muy peligroso.

—¿Un tiburón? —exclamé espantado, recordando cuando, durante la travesía a América, el capitán Álvarez nos había advertido a Pelayo, mi gran amigo, y a mí, sobre lo feroces que eran esos animales.

Seguí observando el diente y se lo mostré a mi padre.

—¡No me gustaría nada tenerlo enterrado en mi pierna! Lo voy a guardar como recuerdo —le dije.

Poco después llegamos al final de nuestra travesía por mar.